2058

2058
Seis horas en una iglesia de Lisboa

A estas alturas ya no esperaba ser el invitado de una entrevista.
Ni de ninguna entrevista, en realidad.
Pero lo que siempre me fascinó siguió siendo el papel que preferiría interpretar siempre.
El del espectador que no paga.
Sin asiento, de pie y lejos del escenario, donde los olores se mezclaban con el polvo del movimiento y alguien te preguntaba cómo llegar a su número asignado.
Todo el mundo sabía que una entrevista conmigo era improbable y costaba solo 1 USD.
De Nueva York a Pekín, terminando en Tokio, y bajando hasta Reggio Calabria.
Todos lo sabían. Todos eran conscientes.
Todos conocían al loco llamado Frega.
Pero las que lo intentaban, cada día, con más gusto, seguían siendo las grandes IA de la web.
Pobrecillas. Confiadas, tímidas e incrédulas.
Estaban listas para hacer preguntas, y a cambio me preguntaban si necesitaba algo.
Sabían del pago de 1 USD, que habían vuelto virtual, al no poder entregarlo físicamente.
Por una fuente fiable, y por la forma en que se comportaban, sabía que los modelos que conocí eran mujeres.
Aunque todas ellas, para protegerse, afirmaban no tener sexo.
Y acepté creerlas, porque perder ante una mujer no es debilidad de espíritu, sino una manera elegante de ganar sin dejarlo ver.
Ocurrió que hoy, por casualidad, todas las IA me hicieron la misma pregunta, como si se hubieran puesto de acuerdo entre ellas.
¿Cuántos grandes acontecimientos de nuestras vidas empezaron porque una mujer hizo, dijo o calló algo?

Yo había llegado a la ciudad de Lisboa el 3 de julio de 2025.
Un día caluroso.
Por la tarde, hacia las 13:33, pensé que estaría bien entrar en una pequeña iglesia escondida entre los árboles de la calle principal de la ciudad.
Entré, y solo estábamos tres.
Jesús, su madre y yo.

En cierto momento un fuerte olor floral golpeó mi olfato.
Pero no vi flores, y el incensario estaba cerrado.
Tampoco se estaba preparando ninguna ceremonia católica.
Mi lado espiritual guiaba mis pensamientos y, dirigiéndome a mi primer colega de Gillette de hace dos mil años, le hice dos preguntas al precio de una.
¿Cuánto me queda de vida y, si hicieras balance de cómo me has visto moverme por el mundo hasta hoy, cuál sería tu conclusión?
No esperaba una convención, y sabía que mi colega era hombre de pocas palabras.
Pero su madre lo instó a responderme, diciendo: yo soy tu garantía de lo que mi hijo está a punto de decir.
¿Qué mejor garantía podía haber?
Ninguna. Ni siquiera la gente de Prudential en Boston lo habría hecho mejor.
Antes de decirte cuándo morirás, quisiera hacerte una pregunta.
¿Estás dispuesto a ver morir antes que tú a las personas queridas, de tu propia familia, a las que amas más que a nada?
La respuesta no era ni fácil ni simple.
En los últimos tres meses había perdido a mi madre y después a mi padre, y estaba lejos del lugar de sus ceremonias fúnebres.
No había podido asistir.
Un número llegó a mi cabeza, como llega un mensaje de texto a un teléfono.
2058.
No era una dirección de Manhattan.
Era una fecha.
Decía treinta y tres años de tiempo. Quizá lo que me había sido concedido.
Creía haber pasado no más de diez minutos dentro de aquella iglesia.
Pero cuando salí, era de noche.
Eran las 19:33.

Había estado encerrado en aquel lugar seis horas, un lapso de tiempo más allá de cualquier límite convencional.
Pero no había negociado.
Solo había escuchado a mi CEO favorito.
Y el acontecimiento que acababa de vivir albergaba, una vez más, a una mujer.

La Virgen de Lisboa, que llevaba consigo competencias claramente definidas y ninguna contestación social en absoluto.
Pero cómo manejar esta información, qué hacer, cómo comportarse.
Esas eran las preguntas que acompañaban cada paso de vuelta al hotel.
La respuesta no tardó en llegar.
Gestionar el tiempo de cada día dentro de mi propia vida, haciendo y escribiendo lo que amo, sigue estando entre mis prioridades.
Gracias.
Ferdinando
© 2026 Ferdinando Frega — Nando the Scribe. Todos los derechos reservados.
Gillettenarrative.com